

restitución por gobiernos populares, tal y como sucedió en Valencia o Alicante. Huelga decir que el éxito de la Junta Suprema, causante de muchos de los males de las anteriores, no fue mucho mayor, puesto que tuvo que hacer también frente a numerosas adversidades, entre ellas, las financieras, fatalidades que explicaban los exiguos resultados logrados en materia bélica por ésta y su definitiva sustitución en 1810.

Aunque Fraser toma como punto central de estudio los dos primeros años de la contienda, por ser sin duda los más terribles, el hispanista hace un seguimiento sistemático de la guerra, si bien la dedicación que ofrece a los últimos años de ésta no es tan profunda. Dicho contraste, o trato desigual, pero en ningún caso marginal, responde a la primacía que para el Ronald Fraser tiene el protagonismo del pueblo en coyunturas históricas desfavorables y los consiguientes cambios de la estructura e idiosincrasia social. Y es que no hemos de olvidar que fue en los primeros años del conflicto cuando el vacío de poder facilitó el nacimiento de nuevos ideales, en lo que al sistema de poder se refiere.

En resumen, nos encontramos ante un trabajo modélico, cuya lectura, a pesar de su densidad, resulta atractiva y en modo alguno insulsa y repetitiva, a la par que alejada de tópicos, desmitificación para la cual el autor ha hecho uso de una ingente

cantidad de fuentes documentales, sin duda, uno de los más destacados logros de la obra. El segundo, la perspectiva social desde la que se ha enfocado el estudio y a partir de la cual ha narrado la historia de la guerra, empleando la voz de quienes, a pesar de su innegable protagonismo, han sido abocados repetidamente al oscurantismo histórico; hablamos pues del pueblo llano, de los obreros, de sus mujeres y de todos aquellos cuyas anónimas vidas cimentaron la historia social de la España que luchó contra el invasor francés, pero no sólo contra él, al menos en los momentos iniciales del levantamiento.

Antonio J. Piqueres Díez
Universidad de Alicante

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, 384 págs.

El libro del profesor Quiroga examina los discursos y el programa de adoctrinamiento nacionalista elaborados en España durante la Dictadura de Primo de Rivera, prestando atención a las ideas, símbolos y mitos adscritos a una nueva religión política secularizada que se fue difundiendo a

través de rituales patrióticos para la nacionalización de masas. La obra, que puede ser vista como un análisis histórico global de la Dictadura desde el sesgo de estas políticas, se incorpora a los estudios sobre procesos de nacionalización que han sido abordados primero por la historiografía anglosajona (Mosse, Hobsbawm), y a continuación han sido cultivados por historiografías como la alemana (Wehler), francesa (Weber, Agulhon) o italiana (Gentile). Perfecto conocedor de la cuestión teórica, como puede comprobarse en sus libros anteriores y en el capítulo primero de este libro, Quiroga está capacitado para abordar con solvencia el estudio de un caso particular de *nation-building* durante el período clave de la Europa de entreguerras. A tal fin, rechaza la visión esencialista del hecho nacional y se apoya en una vía de análisis a la vez constructivista e instrumental, compartida por autores como Breuilly, Anderson, Gellner o Hobsbawm, que interpretan el nacionalismo como un elemento contingente, como una elaboración política que, adaptada a una gran variedad de contextos, se convirtió en una herramienta fundamental en el proceso de construcción y modernización de los estados contemporáneos. Dado el retraso que la ciencia histórica española ha acumulado en el estudio de este tipo de cuestiones, y con el convencimiento de que la Dictadura encabezada por el general Primo de Rivera fue una

etapa fundamental en el proceso de definición de un nacionalismo autoritario de masas, el presente ensayo llega en un momento muy oportuno, dispuesto a terciar en los múltiples debates abiertos sobre la cuestión. Por ejemplo, en el capítulo inicial de su obra, Quiroga rechaza la antigua idea de que el nacionalismo conservador español sólo se hiciera explícito y alcanzara plasmación institucional durante la dictadura de Franco, y cuestiona la tesis de la débil nacionalización española señalando el importante papel que jugó el Estado en la forja de una identidad nacional de tonos autoritarios. En la polémica que aún colea sobre la caracterización del régimen de Primo de Rivera bajo las categorías, excesivamente rígidas, del autoritarismo o del fascismo, el autor opta por la vía intermedia, ya que asegura que el dictador español, sin dejar de compartir valores fundamentalmente conservadores, tomó un camino revolucionario al tratar de adoctrinar, encuadrar y movilizar a las masas en los presupuestos de un nacionalismo con fuertes rasgos de modernidad, en el que la influencia teórica y práctica del fascismo se reveló como primordial.

El Estado y sus agentes fueron los grandes protagonistas de este proceso nacionalizador, de cuya complejidad económica, cultural, política, simbólica e ideológica se da cuenta a lo largo de las páginas del libro. A efectos de mayor claridad expositiva,

éste aparece dividido en dos partes fundamentales, de orden teórico y práctico: tras un capítulo introductorio donde se aborda un breve análisis de los estudios sobre nacionalismo español y de la historiografía sobre la Dictadura de Primo de Rivera, la primera parte se centra en papel del Estado como «creador» de la nación (la articulación de lo que Quiroga llama «nacionalismo gubernamental») mediante un análisis pormenorizado de la evolución del discurso oficial primorriverista al respecto. El capítulo segundo aborda un estudio genético del nacional-catolicismo español hasta 1923, interpretado, en la línea abierta por José Álvarez Junco, como la variante tradicionalista de un nacionalismo que fue liberal en sus orígenes. Aunque resulta evidente el desarrollo de un lenguaje y de una cultura nacionalista desde el siglo XIX, bien se podría afirmar que no se articuló un verdadero movimiento nacionalista de masas hasta la época de Primo de Rivera.

El tercer capítulo estudia el ideario de la primera fase de la Dictadura (el Directorio Militar en el poder entre 1923 y 1925) como una síntesis entre el regeneracionismo civil y militar surgido a inicios de la centuria y la aún embrionaria y multifacética derecha radical española de aquellos entonces (de raigambre maurista, católico-social o carlointegrista), que había tratado de plasmarse políticamente en la crisis de la posguerra a

través de la constitución de en efímeras alianzas monárquico-antise-paratistas: la Unión Monárquica en Cataluña y la Liga de Acción Monárquica en País Vasco. En esta primera etapa del régimen dictatorial dominó la imposición coactiva (a través del primer sistema de propaganda y censura oficial de la historia española) de un nacionalismo predominantemente reactivo y negativo, que se definía contra los pretendidos enemigos de la patria: el caciquismo, el comunismo, el anarquismo, el nacionalismo rifeño o el regionalismo disolvente. Según la interpretación de Quiroga, que se desarrolla en el capítulo cuarto, el auténtico canon ideológico nacional-católico (definido como variante sincrética y altamente fascistizada del pensamiento de la derecha radical, que iba más allá del conservadurismo liberal y del tradicionalismo reaccionario) habría nacido a partir de 1926 con la aparición en la palestra pública de los ideólogos del partido único Unión Patriótica (José María Pemán, Ramiro de Maeztu y sobre todo José PeMartín), que actuaron en todo momento como intelectuales orgánicos del régimen. Todos ellos mantuvieron unos fuertes condicionamientos tradicionalistas, pero se mostraron atentos en grado variable a las corrientes de la derecha radical y fascista que se desarrollaban en la Europa de la época, y elaboraron una doctrina que fue una mixtura de arcaísmo y modernidad, característica de gran parte de

las dictaduras conservadoras de entreguerras, donde se entremezclaron el dogmatismo científico-religioso de raíz maurrasiana, el antiliberalismo, el antirracionalismo, el nacionalismo historicista, la caracterización de un enemigo interno (en este caso bajo el mito de la «antiEspaña») y externo (el oscuro complot comunista internacional) y las aspiraciones expansionistas, dirigidas en el caso español a la misión «civilizadora» en África y a la hegemonización político-cultural de América Latina a través de los valores del hispanismo conservador.

Todo ello derivó en la adopción de un modelo nuevo de Estado que debía organizarse a través de la representación corporativa, aunque esta aspiración tenía antecedentes más o menos lejanos en el krausismo, el carlismo o el catolicismo social. El régimen de Primo de Rivera emprendió, sin duda, un proceso de fascistización muy selectiva, adoptando algunos principios e ideas del movimiento italiano (centralización estatal, liderazgo carismático, antipartidismo, corporativismo, movilización de masas), pero conservando rasgos netamente tradicionalistas, como el concepto orgánico de nación, la visión providencialista de la historia y el énfasis en la identificación católica de la nación. Cabe recordar una vez más que ese sincretismo resultaba moneda corriente en el conservadurismo autoritario de la época.

La segunda parte del libro aborda la práctica de las políticas nacionalizadoras de masas patrocinadas por el régimen a través de la intervención de instituciones clave como el Ejército, la escuela y los instrumentos de movilización cívico-política del régimen: la milicia Somatén y el partido Unión Patriótica. Los capítulos quinto y sexto analizan el proceso de nacionalización que se abordó en y desde las fuerzas armadas, que se autoreivindicaron en esa época como «escuelas del patriotismo». No se trataba sólo de mejorar las condiciones físicas y morales de los reclutas (sintomáticamente, los años de la Dictadura fueron los de más intensa participación en el servicio militar de todo el siglo XX), sino de impregnar en los principios del «nacionalismo militar» al resto de la ciudadanía, mediante el despliegue de un extenso programa de adoctrinamiento plasmado en la organización de conferencias patrióticas, campañas de educación física, ciudadana y premilitar y ceremonias públicas como la bendición de banderas del Ejército y del Somatén. Según la prensa gala, el proyecto educativo militar estaba inspirado en términos prácticos en el modelo francés posterior a Sedán y en los principios fascistas en cuanto a la educación teórica, pero en realidad esta mentalidad —resultaría quizás exagerado llamarla ideología— nacionalista elitista, excluyente y mesiánica fue el ingrediente esencial en

la formación de una oficialidad imbuida del *ethos* pretoriano, que acabó por imponer los valores militaristas al conjunto del Estado y a gran parte de la sociedad tras el trauma colectivo de la guerra civil.

Los capítulos séptimo y octavo se centran en las campañas de escolarización masiva y en las estrategias de inculcación de los valores nacionalistas en los niveles educativos primario y secundario. Las tensiones con la jerarquía católica sobre el control estatal de la educación y la imposición del texto único en el Bachillerato fueron un ejemplo de la incapacidad del Estado para convertir el sistema educativo en una maquinaria eficaz de adoctrinamiento para el conjunto del país, por más que la Iglesia colaborase intensamente en las campañas de promoción nacionalista mediante su activa participación en las ceremonias patriótico-religiosas.

Por último, los capítulos noveno y décimo pasan revista a la elaboración del ideario de las instituciones de movilización y apoyo social al régimen: el Somatén Nacional y la Unión Patriótica. Los principios del patriotismo, la exaltación de la tradición y la defensa del orden social (aquí faltaría una alusión más extensa a los valores de ciudadanía adscritos a las «clases neutras») se basaban esencialmente en el ideario del patriotismo militar. Su difusión masiva se hizo a través de la celebración de diversos eventos multitudinarios

(Fiesta de la Raza, giras de Primo, actos patrióticos de homenaje, exposiciones, desfiles, campañas plebiscitarias...) en los que se fue decantando una cierta representación de España, de tonos folklóricos (con uso y abuso del andalucismo) y triunfalistas, que trataba de borrar la imagen finisecular de «Mater Dolorosa» mediante una exaltación de los logros materiales del régimen y un canto a la diversidad de las provincias, eludiendo de forma deliberada toda manifestación de «peligroso» regionalismo. Dentro de este programa de difusión de la nueva imagen de España quizás hubiese sido interesante detenerse en su influjo en las artes, sobre todo en el *revival* historicista que muestra la arquitectura vinculada a grandes proyectos de prestigio como fueron la Exposición Internacional de Barcelona y la Iberoamericana de Sevilla en 1929.

El balance de este proyecto político de «hacer españoles» distó de ser aceptable. El carácter preferentemente negativo del proyecto nacionalizador, definido sobre todo frente a los supuestos peligros interiores y exteriores, no resultó atractivo para grandes sectores sociales (obreros, burguesías periféricas, católicos...), y sus métodos de imposición mediante prácticas coactivas despertaron el enojo de intelectuales como el filósofo liberal José Ortega y Gasset. Sin embargo, otros sectores de la población (sobre todo en las pequeñas

localidades, donde nunca antes se habían celebrado ceremonias nacionalistas de carácter popular) interiorizaron la nación como un valor sagrado e indiscutible. Paradójicamente, este programa nacionalizador de contenido moderadamente laico despertó la conciencia cívica de un sector importante de la opinión pública, y la movilizó a fines de los veinte en la lucha por la democracia y los derechos de ciudadanía. Este surgimiento de una cultura cívica anticonvencional y democrática resultó decisivo en la lucha contra la Dictadura y la Monarquía, y allanó el camino a la proclamación de la Segunda República, que como régimen político con su propio proyecto nacionalizador de masas tuvo grandes dificultades para transformar el universo simbólico en torno a la patria española construido por el primorriverismo durante los años veinte.

Al final de esta obra de referencia sobre la historia político-cultural de la España de entreguerras, Quiroga concluye que, por falta de recursos y de coherencia, la Dictadura no consiguió que el nacionalcatolicismo se convirtiese en la ideología hegemónica que permitiera forjar un consenso en torno al régimen monárquico y a la nación entendida desde su sesgo más tradicional. Con todo, su legado fue tan evidente como complejo, ya que en los años treinta impregnó de forma variable el discurso conservador de las derechas y de los militares

antirrepublicanos, quienes emprendieron a partir de 1936 su propio proceso de nacionalización negativa de masas, pero de forma mucho más brutal y excluyente que en la década anterior. A pesar de que el autor constata el fracaso circunstancial de la mayor parte de los agentes oficiales u oficiosos de nacionalización que estudia en su ensayo, no cabe duda de que Primo de Rivera impulsó el programa nacionalizador más intenso, ambicioso e influyente de la España del primer tercio del siglo XX.

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

MIR, Conxita (ed.), *Jóvenes y dictaduras. Propaganda, doctrina y encuadramiento: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España*, Lleida, Editorial Milenio, 2007, 294 págs.

La época de entreguerras ha sido considerada habitualmente como el punto de arranque en la movilización política de la juventud, constituyendo un lejano precedente de la que se desarrollaría en la década de los sesenta del siglo XX. En efecto, aunque en los años anteriores a la Gran Guerra se habían dado unos primeros pasos en este sentido, fue a partir de 1918 cuando se asistió a una creciente politización de dicho segmento social. Las organizaciones juveniles ganaron